

Mientras oraba se transformó

II Domingo. Cuaresma. Ciclo C Gén 15,5-12.17-18; Sal 26; Flp 3,17-4,1; Lc 9,28-36

En aquel tiempo Jesús se llevó a Pedro, a Juan y a Santiago a lo alto de una montaña, para orar. Y mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos. De repente dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que aparecieron con gloria, hablaban de su muerte, que iba a consumar en Jerusalén. Pedro y sus compañeros se caían de sueño y espabilándose vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. Mientras éstos se alejaban, dijo Pedro a Jesús: Maestro, qué bien se está aquí, haremos tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

No sabía lo que decía. Todavía estaba hablando cuando llegó una nube que los cubrió, se asustaron al entrar en la nube y una voz decía: Este es mi Hijo, el escogido; escuchadlo.

Cuando sonó la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que habían visto.

La primera lectura del libro del Génesis narra cómo Dios hace alianza con Abrahán, el hombre de fe, el creyente firme. Abundan en este capítulo Diálogos y expresiones culturales, que presentan esta estructura formal: Promesa de Yahvé, lamentación de Abrahán, respuesta de Yahvé y palabra final de Yahvé. «... habló Yahvé a Abrán en visión»: es el esquema de las escenas proféticas de vocación.

El Génesis dice: "En aquellos días, Dios sacó afuera a Abrán y le dijo: «Mira al cielo, cuenta las estrellas, si puedes» Y añadió: «Así será tu descendencia». Abrán creyó al Señor y se le contó en su haber". «Creer» es adherirse, apoyarse en Dios, entrar en los planes divinos. La doctrina de la justificación por la fe, en las cartas a los Gálatas y a los Romanos, arranca de este capítulo. En la fe y por la fe, que es relación personal con Dios, también nosotros veremos el cumplimiento de las promesas.

No es que Dios lleve contabilidad de las obras buenas de los hombres y que Abrahán acreciente su haber con otra obra buena. Según comenta San Pablo de este pasaje (Rom 4,1-4; Gál 3,5), Abrahán fue tenido por justo sólo por la fe en la promesa, por su confianza en Dios y no porque hiciera alguna obra buena según la ley. El sirio San Efrén aclara el rito de Abrahán, recordando las costumbres de sus propios antepasados: "Dios en este pasaje se acomoda a las costumbres de los caldeos, que pasaban con una antorcha encendida en la mano entre los miembros descuartizados de los animales y colocados según un determinado orden, para consagrar así los pactos realizados". Jeremías conoce también esta costumbre (34,18); este rito expresaba la voluntad de los contrayentes de que ellos mismos, caso de no guardar lo pactado, fueran destrozados por Dios como lo habían sido los animales sacrificados; así se anotaba en un contrato del rey Mati'el de Arpad, s. VIII a. C.; se trata de un rito muy extendido, que era practicado también por los

pueblos romanos y albanos. En los textos de Nuzi (siglo XV a. C.), antigua población al este del Tigris, se han encontrado diversos contratos con la adopción de algún esclavo en caso de no tener hijos, como Abrahán.

La alianza tiene aquí un carácter de promesa. En realidad, es Dios el único que empeña su palabra y se compromete con Abrahán y su descendencia. Por eso, el patriarca está dormido en el momento culminante, y ve en sueños, cómo Yahvé, simbolizado por la humareda y la antorcha, pasa por medio de los animales descuartizados. Los buitres que espanta Abrahán son sus enemigos y los de su descendencia; el sueño, el temor, y la oscuridad, el marco de una intervención misteriosa.

Dios prometió y Abraham creyó. La fe de Abraham fue grande. La promesa de Dios era inmensa; Abraham quería un hijo. Dios le concedía millones de hijos; incontables como las estrellas. Y, por si fuera poco, le dará también una tierra, donde sus hijos puedan echar raíces. Dios le dará mucho más. Le dará su ayuda providente, su presencia constante, su amistad definitiva. Se dará a sí mismo, que es lo que significa la alianza. Y al hombre le pide sólo una cosa: fe, fidelidad. Aunque te sientas acabado, aunque te envuelva la «oscuridad», aunque te invada «un terror intenso», confía y espera contra toda esperanza.

El salmo responsorial indica la confianza en Dios: "El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?". El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar?

En la segunda lectura de la carta a los Filipenses (3,17-4,1), el Apóstol, afirma que Cristo nos transformará, según el modelo de su cuerpo glorioso.

San Pablo invita a los filipenses a participar en la carrera que él lleva y a seguir su ejemplo. El contexto es parenético o exhortatorio, quiere motivarlos en profundidad a vivir su cristianismo; les ofrece su propio ejemplo, como un puro tránsito para presentar la condición de Cristo que es la que nos espera, y, por tanto, del cristiano. Jesús comenzó a vivir esa realidad en su propia Resurrección de modo total, nosotros esperamos lo mismo, por la unión que tenemos con El. Ya conocen cuál es el sentido de la vida y lo que deben hacer para alcanzar la meta cristiana. Pero este conocimiento no es más que un primer paso, del que no deben retroceder (3,6). Ahora necesitan lanzarse hacia delante y correr hasta alcanzar "el galardón de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús" (3,4). Hay algunos que ya lo siguen en este empeño, pero es preciso que todos se enrolen en la carrera.

Hay otro camino, mucho más fácil, que conduce a la perdición, y tiene también sus secuaces incluso entre los que se llaman cristianos pero aborrecen la cruz de Cristo. Pero, el verdadero camino es el de la cruz de Cristo. Por él marchan cuantos "han crucificado su carne con sus pasiones y apetencias" (Gál 5,24) y no "aspiran a cosas terrenas", porque son "ciudadanos del cielo", porque han adquirido con su bautismo la ciudadanía en la Jerusalén celestial y ahora viven como peregrinos al encuentro del Salvador. De esta esperanza se alimenta el caminante, cobra fuerzas el atleta: "manteneos así, en el Señor". De modo que la esperanza se hace paciencia, resistencia y coraje.

El cristiano siempre debe tener en perspectiva su auténtica morada, el cielo, que es también la de su salvador. Esto no implica una despreocupación por las tareas terrenas, pero el cristiano nunca podrá perder de vista que es un peregrino en la tierra, donde "aguarda" la venida escatológica del Señor.

Lectura del santo Evangelio según San Lucas. El Evangelista narra la Transfiguración de Jesús: "Mientras oraba, el aspecto de su rostro se transformó". Es una escena íntima, reservada, cargada de belleza subyugante. Cristo muestra un instante de su Divinidad, fluye allí, en la altura del monte el esplendor de la Santísima Trinidad en el Hijo Encarnado, hecho Siervo de dolores, que veremos desfigurado en la Pasión, para retornar fulgurante la mañana gloriosa de su Resurrección, al Padre. Cristo es la belleza que salva al mundo. Y a contemplar esta belleza nos lleva la Cuaresma.

El sentido del texto no está en la muerte de Jesús, sino en su vida gloriosa; es una anticipación de esa vida. Lo curioso y significativo es el término empleado por Lucas para designarla: éxodo, salida. El modelo de camino de Jesús es un modo de éxodo, es decir, el sentido de la marcha va de la opresión a la liberación. Ese es también el modelo de camino al que somos invitados. Ese éxodo se articula dentro de un contexto en el que Jesús acaba de hablar de su muerte y de su resurrección, de la necesidad de ese camino para todo el que quiera ser su discípulo y del anuncio de que algunos de los presentes verán el Reino de Dios antes de que mueran. En este contexto Lucas nos presenta a Jesús subiendo a un monte en compañía de Pedro, Juan y Santiago, con la finalidad concreta de orar y no de manifestarse a sus discípulos. La referencia a la oración es típica de Lucas.

Todo es fabuloso y todo es real en él. Es la realidad de la vida de Jesús a pesar de la muerte. No es fácil, sin embargo, la captación y aceptación de esta realidad. El desconcierto de Pedro y sus dos compañeros lo ejemplariza. Pero, es el propio Dios quien sale al encuentro de Jesús. Pedro y sus compañeros se asustan; temen la nube, pero, no hay miedo, es Dios quien acredita a Jesús. Escuchadlo. Es imposible determinar lo que hay en la escena de histórico y lo que hay de simbólico. No podemos reducirlo a una sola dimensión y debe leerse desde la perspectiva postpascual.

La Transfiguración, con la presencia de Moisés y Elías, que representan la Ley y los profetas, se centra en la Trinidad, Cristo que ora lleno de luz, la voz del Padre que clama: "Este es mi hijo, el elegido; escuchadlo" y el Espíritu que aletea en la palabra. El Hijo, la Palabra, que hay que escuchar, para encontrar y caminar por la verdad. En la Transfiguración, el Evangelio sintetiza toda la Escritura: la Ley, los Profetas y el Verbo, hecho carne, que explica S. Juan en su prólogo: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios". La Palabra de Dios proclamada oralmente por los profetas, y expresa en la palabra escrita en el Antiguo y Nuevo Testamento.

La Palabra de Dios es la hermosura que tenemos en las páginas de la Biblia; algunas de ellas son reputadas las más bellas de la literatura universal: la historia de José, los Salmos, el Cantar de los Cantares, las parábolas del Buen Samaritano, del Hijo pródigo o el Himno a la Caridad de San Pablo son verdaderas joyas literarias. Su belleza en un estilo sencillo y lenguaje fresco interpela al lector con la

exquisita expresión de la misericordia, de la ternura, del perdón, del amor: "la Caridad todo lo supera, todo lo tolera, la caridad es eterna" (1Cor 13).

Leamos la Biblia dejando que su hermosura nos envuelva, que cada versículo cale con una nueva luz. San Agustín aconseja: "Leed las Sagradas Escrituras, porque en ellas encontraréis todo lo que debéis practicar y todo lo que debéis evitar". Dejemos que el Evangelio, con la luz de la Palabra nos hable al corazón, ilumine la confusión que atenaza dentro, nos sosiegue y anime. Como dice San Pablo, todo ello fue escrito para enseñanza nuestra, para que, con la paciencia y el consuelo que dan las Escrituras, tengamos la esperanza.

Acudiendo a la Escritura, amaremos al Padre, oiremos al Hijo y nos consolará el Espíritu. En el roce y escucha, nuestra cuaresma será auténtica y fructífera.

Camilo Valverde Mudarra